



LA MUERTE DEL CIERVO.

Ya hemos manifestado otras veces las sensaciones dolorosas que escita en el hombre sensible la muerte de todos los seres que dividen con él las amarguras de la vida. Aquellas suben de punto cuando el arte nos las presenta con aquel natural colorido de verdad que nos hace dudar de la ficción del cuadro.

Hé aquí el gran mérito del que Landseer, ese artista del corazón, supo legar á sus amigos, y que estos han reproducido mil y mil veces. La muerte del ciervo, imaginada por el pintor alemán, es su mayor gloria, por la viveza de expresión, por el sentimiento de verdad, por la actividad desesperada del noble animal, dotes que se revelan á la primera ojeada que se echa sobre tan hermosísima pintura.

Nosotros ofrecemos hoy con satisfacción el interesante grabado que la representa, bien convencidos de que nos lo agradecerán todos los que conozcan el relevante mérito, la animación y la valentía de las concepciones de Landseer, uno de los mas aventajados maestros de la escuela alemana.

GLOBOS AEROSTATICOS.

El exámen atento de los fenómenos de la naturaleza y la reproducción artificial de ellos cuando es posible, han contribuido de un modo poderoso á la investigación de las grandes leyes de la misma.

Los físicos antiguos, á quienes debemos trabajos de la mayor importancia, no han seguido siempre este camino, único que podía conducirlos al perfeccionamiento de la ciencia. Considerando el mundo á su antojo, pretendían, en el silencio de su estudio, que se amoldase á su capricho, cayendo por consecuencia en errores harto lamentables. En el día, á la discusión teórica se asocian los fenómenos prácticos, ó por

el contrario, convencidos los ojos se habla á la razón, y de esta manera la inteligencia mas vulgar no tarda en comprender la maravillosa armonía que existe entre los fenómenos que se suceden en el planeta que habitamos.

El pensamiento de lanzarse el hombre á las regiones aéreas ha bullido en su mente desde una época bien lejana por cierto, aun para aquellos á quienes era enteramente desconocido el luminoso principio de Arquímedes, base fundamental de semejantes aplicaciones; pero no se crea que la construcción de los globos aerostáticos fuese el resultado inmediato de sus ansiados proyectos, sino que tomaron por modelo el vuelo de las aves.

En efecto, al considerar el hombre que las aves por su organización especial y por un instinto admirable conocen los vientos mas adecuados á su modo de vivir, que dirigen su rumbo sin brújula, elevándose sobre las regiones de las tempestades, y atraviesan el espacio con velocidad inmensa, envidió la suerte de estos seres, y se consideró rebajado al contemplarse apegado á la tierra; estas reflexiones, hijas de su orgulloso afán, dieron origen á la construcción de unos aparatos por medio de los cuales pudiera admirar á su gusto el magnífico panorama del mundo.

En las Memorias de la Academia de Ciencias de París se lee que ya en el siglo XV Juan Bautista Dante consiguió por medio de un aparato lanzarse al aire, atravesando varias veces el lago de Trasimeno; pero en razón á los movimientos escesivos, rompióse uno de los muelles, quedando mal parado de su ensayo. La misma suerte y por igual motivo cupo pocos años después al italiano Bollori y á los ingleses Cok y Olivier.

Desforges, queriendo armonizar los movimientos físicos con los producidos por la acción vital, imitó en lo posible con un mecanismo las alas de los insectos; pero después de muchos ensayos no fué mas

12 DE DICIEMBRE DE 1832.

afortunado que sus predecesores, ni que los señores Baquerville y Calais. Estas tentativas infructuosas, aunque laudables cuando se reflexiona su objeto, hicieron que se abandonase aquel sistema, buscando la navegación por los aires en vez del vuelo, objeto primordial de sus cálculos. Entonces podemos decir que comienza la construcción de los globos aerostáticos.

El inglés Bacon, teniendo en cuenta el célebre descubrimiento de Arquímedes, de que todo sólido al sumergirse en un fluido pierde tanta parte de su peso, como pesa el volumen de fluido desalojado, fué el primero que tuvo la feliz idea de construir aparatos flotantes, á que se dió el nombre de globos aerostáticos; reduciéndose tal como hoy se construyen, á un gran elipsoide de tafetan, tela, etc., etc., que se llena de gas; una redcilla que envuelve al globo sostiene la barca donde ha de colocarse el aeronauta, y una válvula colocada en la parte superior, permite que este determine la salida del gas al pasar por capas de aire mas y mas enrarecidas. No entraremos en detalles respecto del modo de producir el gas que ha de llenar el globo, del cómo se llena este, ni tampoco acerca de la naturaleza de la cubierta; pero si diremos que las primeras ascensiones no se verificaron en aparatos como el que acabamos de describir.

En 1670 el jesuita J. F. Lana inventó uno compuesto de cuatro globos de cobre sumamente delgados, de los cuales hizo suspender una barquerola con su correspondiente vela; la diferencia de presiones, á causa del vacío verificado en dichos globos, hizo en efecto que este hombre ingenioso pudiera vencer una de las mayores dificultades, cual era la de poder elevarse; pero como estaba sujeto á girar á merced del viento, en razon á que la vela ningun papel desempeña en esas regiones, se espuso á peligros terribles, por los que tuvo que abandonar su proyecto.

El año de 1776 estudia Cavendish el hidrógeno, que ya se conocia á principios del siglo, y entre otras propiedades físicas observa que tiene un peso específico representado por 0,0691, es decir, catorce veces mas ligero que el aire; esto bastó para que el doctor Brack de Edimburgo llenara diferentes cuerpos con dicho gas, abandonándolos á la libre acción del aire; y ellos como era natural en virtud de las leyes generales de la gravedad subian hasta tocar en capas de una densidad muy próxima á la suya, puesto que la física nos enseña que los cuerpos se mantienen en equilibrio en un fluido, siempre que el peso del cuerpo sea igual al del fluido desalojado, que el centro de gravedad de ambos se hallen en una misma vertical, y que únicamente la condicion de estabilidad será diferente respecto de la colocacion del punto llamado metacéntrico.

Con la aplicación del hidrógeno para llenar los globos aerostáticos coinciden los ensayos verificados por los hermanos José y Estéban Mongolfier, en Francia; pero no se valieron del cuerpo simple mencionado, sino que llenaron sus globos con el aire mismo enrarecido por la fuerza repulsiva del calórico; verifican diferentes ensayos en Annoni, su patria, en medio de aplausos y á presencia de las personas mas notables del pais; entusiasmados con tan buenos resultados, se trasladan á París, donde repiten diversas ascensiones, á las que asisten las personas reales y algunos sabios, que no tan solo apoyaron á los célebres aeronautas, sino que participaron de sus peligros subiendo en la misma barquilla que ellos en setiembre de 1783, desde los jardines de Muette, yendo á descender, después de atravesar el Sena, al otro lado de París sobre el camino de Fontaineblau.

La oblicuidad que toman los globos al tiempo de partir, el fuego necesario para sostener el enrarecimiento de aquella atmósfera especial, y por consiguiente la fácil combustion de la tela, demostraron bien pronto que, aunque dignos de ocupar los ya mencionados hermanos un lugar muy preferente entre los hombres dedicados á este ramo, era preciso usar los globos llenos con el hidrógeno.

Convencido de esto el joven profesor de física en París, Mr. Charles, llenó con el espesado gas uno de once piés de diámetro, y á pocos minutos se perdió entre las regiones del viento, cayendo á los tres cuartos de hora á cinco leguas del punto de elevacion.

Para demostrar la confianza que debia inspirar su método, construyó un globo en el cual se elevó con Robert, y en este célebre viaje recorrieron en dos horas cerca de nueve leguas, llegando á separarse unos tres mil piés de la superficie terrestre, ¡jamás experiencia alguna ha excitado tanto la curiosidad, segun nos refiere Pouillet! Todo el pueblo de París estaba en movimiento; las plazas públicas, la cima de los edificios y los parajes mas elevados de la poblacion se veian llenos de espectadores. Un cañonazo fué la señal de partida, y el globo se elevó como un meteorito sobre el horizonte, causando maravilloso efecto en virtud de los adornos con que iba engalanado y que los rayos del sol iluminaban.

Charles tuvo bastantes imitadores; por ejemplo, Blanchar, Jeffieres, Rozier y Garnerin, que hicieron muchas ascensiones en diferentes puntos de Francia, Alemania, Bélgica é Inglaterra. El primero de estos aeronautas disputó el invento del para-caídas con Mr. de Garne-

rin; reduciéndose á una especie de paraguas desplegado, el cual en razon á su superficie opone la resistencia precisa á las columnas de aire que en él chocan, determinando por consiguiente la lentitud necesaria para poder descender con felicidad. Sin embargo, como la acumulacion del fluido atmosférico suele verificarse con fuerte agitacion en la superficie inferior del para-caídas, ha habido que lamentar muchas desgracias al tiempo del descenso, y por eso se ha modificado modernamente poniendo en su parte superior un tubo cilindrico, por el cual pueda salir el aire y no ejercer tan grande tension.

Hasta ahora no nos hemos ocupado de los globos aerostáticos, sino como medios propios para excitar la curiosidad en espectáculos públicos; pero las ciencias tambien debian sacar su provecho, y en efecto ascensiones verificadas por sabios físicos, han hecho conocer en parte esa multitud de capas que envuelven la tierra que habitamos, ese gran laboratorio en que la naturaleza reúne los gases desprendidos, los satura, descompone y volatiliza, ó los condensa y precipita para subvenir á las necesidades del reino animal, vegetal y mineral.

Entre los diversos viajes emprendidos con objeto verdaderamente científico, debemos señalar los realizados en Francia en 1804, por dos hombres ilustres. MM. de Gaylusac y Viot. En su primera excursion subieron á una altura de trece mil piés, é hicieron experiencias numerosas respecto al estado eléctrico y temperatura del aire.

Con entusiasmo verdaderamente científico, y á pesar de los funestos accidentes que observó Gaylusac en su compañero, volvió á emprender un segundo viaje subiendo á la altura de siete mil cuatrocientos metros, una de las mayores á que hasta el presente se ha llegado, por cuyo medio pudo legar á las ciencias las siguientes observaciones.

El termómetro bajó en aquellas capas atmosféricas á 10°, experimentando por consiguiente un frio escesivo; el estado de sequedad del aire era tan grande, que los cuerpos ávidos de humedad se contraian, los líquidos faltos del influjo de la presion se evaporaban, y los fluidos animales, como la sangre, empezaron por la misma causa á salirse de los vasos en medio de una respiracion anhelosa. Todo contribuye á esas fuertes hemotisis que frecuentemente experimentan los aeronautas, al atolondramiento, vértigos, etc. Suspendidos en medio de los espacios con un aire tan enrarecido, ningun ruido se siente, puesto que falta, ó al menos no tiene las condiciones que debe, el aire, vehiculo conductor de las ondas sonoras; la voz misma del físico citado dejó de hacerse perceptible, y si á esto añadimos el color negruzco que ofrece el cielo, podremos hacernos cargo de aquel espectáculo tristísimo, solo comparable, como dice muy bien Gaylusac, á la mansion de los muertos.

La columna barométrica señaló 26 pulgadas, pero la disminucion en las oscilaciones magnéticas de que habla Roberston, las niega dicho físico; sin embargo en la *Revista militar* de 23 de noviembre de este año he visto un artículo suscrito por el señor D. C. X. Sandoval, en que indica con referencia á la *de los dos Mundos*, que ha vuelto á notarse este año por Godard y por M. Ivan Mazuel desde la altura de tres mil setecientos sesenta metros en el curso del viaje aéreo que verificaron desde París á Spa. El señor Sandoval, no obstante que verificó una ascension, dice no haber notado ninguna suspension magnética, si bien es verdad que su brújula era muy pequeña.

Concluiremos manifestando que el uso de los globos aerostáticos, aun sin alcanzar la resolucion del problema que tanto agita hoy la mente de muchos sabios y de muchos locos respecto de dárles direccion, ha de ser de una utilidad inmensa, utilidad que indudablemente se estaria palpando si Napoleon en un rato de mal humor no hubiera disuelto la escuela de aerostacion de Meudon, á pesar de los servicios que prestó á la Francia en Charleroi y Fleurus; por otra parte las operaciones geodésicas y topográficas habrian recibido igualmente un poderoso auxilio.

ANGEL V. Y PINTO.

EL PICO-SAGRO (1).

Representaos en vuestra imaginacion una pirámide colosal sobre el horizonte de un valle, un obelisco gigantesco que sale al encuentro de los paisajes de la vega, una montaña cónica, coronada, como la Cibeles de la mitología, con fantásticas almenas de cuarzo: hé aquí el Pico-Sagro de la Ulla-baja.

Esta eminencia es el cráter de los aguaceros y la fragua de los rayos. Es el símbolo del misterio y de la soledad. La pirámide es una figura geométrica que pertenece á la religion desde que se ha colocado

(1) Este artículo pertenece á una descripcion inédita de la Ulla-baja, bajo el título de UN VALLE DE GALICIA.

sobre los sepulcros. Montaña ó catafalco, la pirámide es la mensajera de una resignada melancolía. El *Pico-Sagro* es observado, consultado y espiado por los habitantes de la *Ulla-baja*. Es el padre tutelar de la comarca; es un barómetro colosal. Se parece al abuelo de una familia, que donde quiera que se presente es saludado con respetuosa veneración. Sobre su cima descansan las nubes; en el centro de sus prolongadas vertientes se adivinan pavorosas galerías. Los sembrados son impelidos por el viento hacia sus graneros fabulosos: las tempestades que desgajan las rocas apiladas en su cumbre, sobre las veredas abiertas por los aluviones, salen de su cavernoso abismo.

En los serenos días de primavera se destaca en lontananza, realzadas sus aristas por el purísimo azul del cielo, que representa un celaje de costa, multiplica sus margaritas silvestres, renueva las matas de tomillo, descubre los fragmentos de gneis micáceo que espejea entre el brezo y la erica (1), y escarcha las cristalizaciones de cuarzo pulimentadas por el agua, brillando sobre el césped, como diamantes desprendidos de una corona. Entonces las ovejas sestean en su falda y los pastores duermen sobre sus rocas, entre el milano que se cierne en el aire y la culebra que dilata sus fauces entre las piedras. El valle se reanima, las vides se enervan, los árboles se pueblan de flores; el río retira sus aguas, volviendo á sus dueños los prados fecundados por el aluvion.

Durante el invierno, la cima del *Pico-Sagro* desaparece entre las revueltas nubes hacinadas sobre sus vertientes, y no asoma su rugosa cabeza hacia la vega hasta que el sol enjuga las márgenes del río. Sus perfiles se emborronan sobre el fondo oscuro del horizonte, sus rocas se ennegrecen, sus veredas son arroyos. El valle desfallece, los campos se encharcan, los viñedos se cambian en áridos enmaderados, las corrientes del río hacen zozobrar las barcas. Ha llegado la estación de las hogueras, de las veladas, de las apariciones y de los cuentos. Las castellanas abandonan sus torres señoriales y vuelven á las ciudades.

De esta suerte el valle de la *Ulla-baja* está familiarizado con el *Pico-Sagro*. Existe entre la montaña y la vega una relación misteriosa, un consorcio íntimo, una alianza duradera, algo de veneración y algo de miedo.

El viajero que desde la *Casa Blanca* sube á la cumbre del *Pico-Sagro*, refrenando el inquieto trote de un caballo inseguro sobre las estrechas veredas que salen al encuentro, después de treinta minutos de una ascension impaciente, es sorprendido por la cadena de montañas que se divisan en lontananza recorriendo un dilatado horizonte de siete ó ocho leguas. A la altura de 640 varas castellanas sobre el nivel del mar, se anubla su vista en los oscuros y confusos celajes que se ofrecen en prolongado anfiteatro. Sobre las rocas de la cima, la perspectiva se ensancha, extendiendo su lontananza hasta las bullidoras aguas del Océano (2). Busca en derredor una sombra reparadora para templar los rayos del sol, y en la pendiente que está á sus piés descubre cuatro ó cinco árboles desbandados, á cuya sombra duermen las ovejas, refrescando su sed en una fuente rústica. Sus piés gravitan sobre el resfriamiento de una inmensa capa de fuego primitivo. En esta caldera se ha petrificado la ebullicion formando rocas caprichosas y fantásticas. Desaparecen los monumentos del arte; desaparecen los hombres; casi se olvidan. El viajero se acerca á la creacion, á Dios. La suave brisa que agita sus cabellos sobre su frente descubierta, también estimula á la meditación, al sentimiento, lo que equivale á decir, á la perseverancia de la fé. Una montaña es el pedestal de Dios. Así se fatiga el viajero en sus vertientes, se descubre en sus mesetas y se postra en su cumbre. Desde una eminencia se reconoce el poder divino como se distingue el Océano desde el palo-mesana de una embarcacion. Entonces pronuncia involuntariamente estos melancólicos versos de Lamartine á la soledad:

Souvent sur la montagne, á l'ombre du vieil chêne
Au coucher du soleil, tristement je m'assieds
Je promène au hasard mes regards sur la plaine
Dont le tableau changeant se déroule á mes pieds

Que me font ces vallons, ces palais, ces chaumières
Vains objets dont pour moi le charme est envolé?
Fleurs, rochers, forêts, solitudes si chères
Un seul être vous manque et tout est dépeuplé.

Las masas de cuarzo apiladas en la cumbre del *Pico-Sagro* representan grupos sombríos, esculturas fantásticas, escombros seculares y petrificaciones colosales. Aquí un molinito sostenido por una informe aguja improvisa una pagoda salvaje. Allí tres rocas de escuetas aristas agrupadas en el vértice de la montaña, se asemejan á gigantes de oscuro ropaje, escalando, como los titanes de la fábula, la cumbre

de la montaña. Ya se acumulan las rocas en el declive imponente de la cima, como camellos acostados á la sombra de una tienda del desierto, ya se remontan en sombría confusion, presentando las afiladas puntas de sus cristalizaciones, ó los mellados asientos de sus capas, como inmensos chorros de metal caldeado que han enfriado los siglos.

La mole inmensa de cuarzo que se extiende sobre el *Pico-Sagro* está dividida por un profundo anden de 61 1/2 piés de longitud y 7 de latitud, que ha servido de foso á un antiguo castillo señorial. Al Oeste se encuentra la capilla de *San Sebastian del Pico-Sagro*, antigua iglesia parroquial de *Lestedo* (1) y remoto monasterio de *San Sebastian de Monte-Sacro* (2). Es una pequeña iglesia de prolongado alero delante de la puerta principal, y con una sacristía detrás del altar. Desde la meseta que facilita su entrada, las masas de cuarzo reposan sobre su tejado. A medida que se desciende hacia el valle, las rocas se abultan y la capilla se achica. Desde las vertientes de la montaña, la capilla es un copo de nieve conservado entre las rocas del *Pico-Sagro*. Al lado de la iglesia se conserva un miserable albergue que ha representado años atrás una vocacion cenobítica, á riesgo de que los espíritus maliciosos de la comarca conserven de su habitadora una leyenda del diablo. Al Oeste dos alcornoques sombrean una pequeña fuente cubierta de césped, con un dintel tronchado que le sirve de cornisa. A la vera del antiguo camino de los devotos que venían en romería á visitar la catedral de Santiago, en el *Carballo das Cambas*, existía otra fuente renovada en 1670 para alivio de los peregrinos (3). Sobre el pilon de la fuente de Santiago se había esculpido en una piedra el romancero religioso de la reina Lupa: dos árboles, un dragon, tres toros, dos discípulos del Apóstol, haciendo uno de ellos la cruz al dragon, dos castillos y un leon: lo milagroso unido á lo caballeresco, lo devoto á lo señorial.

De los árboles que en lo antiguo cubrían las vertientes de la montaña, al decir de los ancianos, solo han quedado algunas encinas hacia *San Juan da Cova*. Al Nordeste se descubren en el fondo de la pendiente algunos tejares que representan apiñadas colmenas.

En una de las masas culminantes de cuarzo, se ha colocado en 1851 una cruz de madera de veintisiete piés de elevacion, para salvar al país de los estragos del cólera morbo (4). En 1856, un rayo la hizo astillas. La peste ya era entonces un pavoroso recuerdo. Hacia el Oeste, cerca de los peldaños abiertos en el césped por las pisadas de los romeros y de los curiosos, se descubre una de las entradas subterráneas del *pozo del Pico-Sagro*. Su desagüe está abierto en cuarzo y cristal de roca (5). Cerca de la capilla de *San Sebastian* también se descubria otro camino, que fué cegado por haber caído una pastora en el fondo del precipicio. Se cuentan exploraciones científicas y aventureras que no han pasado de la tercera galería. Los chillidos de las aves de rapiña, multiplicados en las concavidades del *pozo*, los arroyos desprendidos de las grietas enmohecidas sobre un lago que se adivina, aunque no se ve, los recodos inesperados que fatigan el cuerpo y preocupan la imaginacion, y los bordes sombríos de la sima, en cuyo término se estrellará la ciencia y la curiosidad, por las piedras arrojadas en su fondo por los romeros que concurrían á las dos festividades anuales de *San Sebastian*, suspenden al viajero en su infatigable avidéz. Algunos fragmentos de cristal de roca recogidos en las paredes del subterráneo no compensan los peligros de rastrear por su angosta embocadura, encorvarse bajo sus escavaciones horizontales, y ser suspendido por una cuerda sobre el fondo de la tercera galería (6).

El viajero busca el azul del firmamento y la suave entonacion del lejano horizonte. Escala la meseta de la cima, y vacilando en medio

(1) En el libro viejo de bautizados de Santa Maria de Lestedo se reconoce que desde 1617 no se ha bautizado en San Sebastian de Monte-Sagro. Desde 1779 se bautiza en San Lorenzo de la Granja, incorporado á Lestedo en 1579, como iglesia parroquial, antes de cuyo año se administraba este sacramento en Santa Maria de Lestedo. Desde 1617 es capilla San Sebastian de Pico-Sagro, cuya iglesia se abandonó como parroquial á consecuencia de su posicion topográfica, combatida frecuentemente por las tempestades. Desde 1622 existe en esta ermita una cofradia con la advocacion de San Sebastian.

(2) Esta abadía, como las de San Lorenzo de Carboeiro, San Salvador de Bergondo, San Martin de Candouas y otros prioratos, fué incorporado al monasterio de San Martin Pinario (Santiago) en el siglo XV. Ha debido ser aneja de San Payo de antaños (de la misma ciudad), como San Martin de Ozon, San Julian de Sabades y Santa Maria de Tosto, incorporados á aquel monasterio. El *Pico Sagro*, pertenecía á la jurisdiccion del arzobispo de Santiago, y las monjas de San Payo presentan el curato de Santa Maria de Lestedo. La antigua jurisdiccion de *Lestedo y Montesacro* se componia de las feligresias de Lestedo y Sarandou, cuyo juez ordinario nombraba el prelado compostelano.

(3) Don Pedro de Valdes Feijoo y Novoa, lectoral de la catedral de Santiago, ha costeado la fabrica de esta fuente.

(4) Por disposicion del Excmo. señor Velez, prelado de Santiago.

(5) Segun Schütz (*Descrip. geognóst. del reino de Galicia*), Madrid, 1855, página 171, el *Pico-Sagro* presenta la singularidad de ser formado de cuarzo medio cristalizado blanco. Sus cercanias son de gneis, micáceo, granito, y ambolito.

(6) Los romanos llamaron á esta montaña *Mons-sacer*. JESTINO asegura que tenía criaderos de oro, tomando el nombre de *sagrado* porque solo al rayo le estaba permitido abrir la tierra para recoger este precioso metal. Las exploraciones geológicas combaten esta autoridad. El *pozo del Pico-Sagro*, abierto por los esclavos y prisioneros bajo la vigilancia de las legiones romanas, habrá proporcionado cuarzo para la fabrica del *hornigón* en las obras públicas de Galicia.

(1) Vulgo, *corpasas*.

(2) Esta montaña es muy escarpada al N. y O.; mas accesible al S., y de escaso declive en su extension hacia el E.

de las corrientes del viento, como una efígie desclavada sobre su peana, dilata su vista en el estenso panorama que se ofrece á sus ávidas miradas. Desde la cumbre del *Pico-Sagro* se descubre el valle de la *Ulla-baja*, sembrado de castaños, robles, pinos, frutales, cipreses, emparrados, maizales y prados en simétrica proporcion con las torres de las iglesias, los *horreos* de las aldeas, y los palomares de las casas de campo. Es un prolongado jardín, interrumpido por las corrientes del río *Ulla*, que aparece y desaparece, murmurando en las pesqueras. Las barcas de la *Barreira* y *Sarandon* cruzan sus aguas como los reptiles de los prados atraviesan al anochecer las veredas públicas. Los molinos sacuden violentamente las trémulas orillas del río, como los esforzados pescadores de una redada encharcan sus piés para espantar las truchas y los salmones. Las torres de las iglesias toman el color del helecho seco. Las casas de campo se achican. Los palomares blanqueados, esparcidos en el valle, que recuerdan el cubo de las fortalezas góticas, se asemejan á los peones de un in-

menso tablero de ajedrez. Las montañas salen al encuentro del viajero en revuelto anfiteatro. Los campos presentan las suaves graduaciones del fondo de las perspectivas de delicada entonación; el verde desvanecido de los maizales sazonados, se encuentra antes del verdugay de los prados, y se aleja del verde-oscuro de las hojas de los robles y de las encinas. Pardas lomas se levantan en medio de la vega, como la tierra removida por los topes sobre la yerba de los prados: son los remotos templos druidicos ó las antiguas atalayas romanas; son los castros de la comarca.

Las vertientes de los ríos *Ulla*, *Tambre*, *Miño* y *Sil*, comparecen delante del viajero. La distancia cubre de bruma las apartadas cumbres. Al Noroeste se distingue á Santiago (1), recostado sobre el monte *Pedroso* y angostado por el monte *Viso*, como una caravana de peregrinos descansando al pié de las torres de la catedral, que el sol descubre como cipreses seculares. Al Sur se remonta hácia las nubes la escueta subida de Santa Baya. Al Oeste brilla con cambiantes indeci-



(El Pico-Sagro.)

sos entre los montes *Gesteiras* y *Lápido* la ría de *Arosa*, que desagua en el nacarado celaje de la mar. Desde el *Pico-Sagro* parece el reflejo de las armas de un ejército en movimiento. En esta dirección salen al encuentro las caballerescas torres de *Altamira*, entre severas montañas, como un gigantesco nido de buhos.

El celaje de esta decorada perspectiva es formado por el humo de las *estivadas*, que se remonta en prolongadas espirales y se acerca á la loma del *Pico-Sagro*, agrupándose en ligeras nubes bajo los piés del viajero.

Ulla-baja, setiembre, 1831.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

EL CABALLERO DE LYS.

Hará como cosa de unos diez años, y en la estación nebulosa del adviento, que nos reuníamos durante una helada tarde de diciembre bajo el techo paternal. El mas joven de la familia, el mismo que escribe estas líneas, acababa de terminar la lectura del Evangelio del día. Mi anciano padre, hombre de otra época como veis, pues disponía que se leyese el Evangelio en familia, según costumbre adquirida de sus antepasados, había también concluido sus explicaciones cristianas, que si mal no me acuerdo versaban sobre las virtudes de la

Virgen María, y todos esperábamos que nos refiriese, según solía hacerlo, alguna anécdota de otro tiempo. Después de un silencio prolongado, como el de mi preámbulo; después de algunos gestos oratorios que hicieron resonar su sillón patriarcal, herencia de sus abuelos, y en el cual descansaban sus setenta y cinco venerables años, se sonó, tosió y dió principio de este modo á una historia de sus buenos días.

Había en otro tiempo un caballero de gran renombre y alta nobleza, llamado el caballero de Lys. Habitaba el antiguo castillo de sus abuelos, vieja fortaleza de torres aspilladas, y cuyas ruinas, que dominan aun con sombría majestad á los mas elevados árboles del bosque del Man, me enseñaba mi abuelito cuando yo era rapaz. Su esposa, la piadosa Teodelinda, solo conocía el camino de la iglesia del lugar y el que conducía á la cabaña del pobre siervo: pero él, en todo el ardor de la juventud, demasiado confiado en los tesoros conquistados por sus antecesores, se entregaba locamente á los placeres y á dilapidaciones que ningun género de advertencias ni de consejos podía moderar.

Acababa de entrar cierta noche en el castillo, de vuelta de una cacería, cuando su administrador, á quien había mandado que preparase una fiesta para el día siguiente, se le presentó y le dijo: —Monseñor, vuestras arcas están vacías, y hoy mismo vuestros acreedores...

De pronto resonó el sonido de la trompa guerrera en la fortaleza, y el puente levadizo se bajó para dar paso á dos caballeros, que fueron reconocidos como enviados del rey de Francia, por las lises de oro que ostentaban sus armas y sus blancas sobrevestas. Sus corceles atravesaron el puente, é introducidos los mensajeros en la estancia del magnate feudal, y después de los cumplimientos de etiqueta, dijo uno de ellos:

—Anunciamos á monseñor que el muy alto y muy poderoso Luis,

(1) Esta montaña que se divisa á larga distancia en diversas eminencias de Galicia, descubriéndose su cima desde los puertos de las provincias limítrofes, dista dos leguas de Santiago, levantándose aislada hácia el Sudoeste.

rey de Francia, pasará dentro de tres días por este castillo, y requerimos á monseñor para que le prepare el vino de la llegada.

Estas palabras fueron un rayo para el pobre caballero: sus arcas estaban vacías, su crédito agotado, y dentro de tres días debía recibir al rey de Francia. Fingió sin embargo el mas estremado contento, ofreció generosa hospitalidad á los mensajeros de su soberano, y habiendo manifestado estos que tenían que llenar otra misión, montó en su blanco alazán y los acompañó hasta mas allá de sus dominios.

Aquel día había hecho un calor insoportable: al ponerse el sol, se había cargado el horizonte de vapores azulados, y el aire parecía tan pesado como el plomo: el azul del cielo había desaparecido también bajo una capa de color gris, y el pastor que conducía su rebaño al establo, decía enjugándose el sudor de la frente:—La noche será tempestuosa.—No se había equivocado, porque no tardó en zumbiar el trueno á lo lejos, las copas de los árboles comenzaron á agitarse, una nube oscura se esparció en el horizonte, y otras mas gruesas iluminadas por mil relámpagos ocuparon la atmósfera, elevándose sobre las



inmediatas colinas y estendiéndose como un lúgubre crespon por todo el valle.

El caballero de Lys volvía á su castillo entregado á sombríos pensamientos, cabalgando lentamente por el valle de las Hadas. De pronto lanza su corcel un siniestro relincho, se encabrita, é insensible á la espuela por primera vez, se niega á avanzar. Al mismo tiempo se entreabre la nube, deja ver lenguas de fuego, cuyo livido resplandor atraviesa el espeso follaje de los bosques, y se presenta al caballero un guerrero inmóvil sobre negro alazán y con armas negras. Recordando con aquella aparición todas las historias de hadas y de duendes que le había referido su nodriza, tiembla un instante, pero llamando en su ayuda su reconocido valor, pregunta al desconocido:

—¿Quién eres tú?

—Soy el caballero Negro, le responde aquel; sé que te encuentras sin recursos y vengo á tu auxilio para ofrecerte tanto oro como necesitas para reparar tu fortuna; pero exijo de tí dos cosas.

—Habla.

—Que renuncies á Dios.

—Accedo, responde el caballero de Lys, con acento vacilante y después de dudar un momento.

—Que renuncies á la Santa Virgen.

Entonces se turba enteramente el señor feudal.

—¿Renunciar á la Santa Virgen! murmuraba... No, jamás. ¿Qué diría mi anciana madre, que me ofreció á ella en mi niñez? Y diciéndolo esto inclinó sobre el pecho la cabeza bañada de sudor frío, al mismo tiempo que repetía:—No, jamás. ¿Qué diría mi anciana madre?

El caballero Negro le incita, pero al oír su constante negativa le dice:

—Pues bien, dejo á un lado la segunda condicion, pero dentro de un año, en igual día y á esta misma hora, te espero aquí con tu esposa.

—Sea así, responde el caballero; seré exacto á la cita por el nombre que llevo...

—Ahora, manda abrir la tierra allá abajo, al pié de la última encina del bosque.

No bien pronunció estas palabras el caballero Negro, cuando desapareció: el magnate llegó sin accidente alguno á su fortaleza.

El rey de Francia recibió una acogida digna de su grandeza. ¿Quién



podrá describir el esplendor con que brilló aquel día el viejo castillo del caballero de Lys, la magnificencia de sus tapices, el lujo de sus mesas, el número de los convidados, la riqueza de los presentes que se hicieron al rey Luis y á su séquito, la admiración y la envidia de los caballeros vecinos al contemplar una magnificencia á que no podían llegar, y las frases de benevolencia con que el monarca recompensó una acogida tan extraordinaria? ¿Quién osaría enumerar tampoco las fiestas, con que el rico señor procuraba menos servir á sus inclinaciones pródigas, que aturdir los siniestros presentimientos que hacía nacer en su alma el recuerdo de la fatal promesa? En medio de tan ruidosos placeres oscureciase muchas veces su frente, y la dulce Teodelinda, que ignoraba la causa, se decía: «Cierto es que los placeres de la tierra, en vez de hacer feliz al hombre, aumentan sus desgracias.» Después rogaba á la Virgen que desterrase del corazón de su esposo todas las vanidades.

El momento que tememos siempre llega con alas desplegadas, así como una hora de felicidad tarda siglos en llegar, por mas que la esperemos. Trascurrió un año y el día de la cita tocó á su término. Por la tarde, mas sombrío que de costumbre, el caballero propuso á su esposa un paseo hacia el valle de las Hadas.

El cielo estaba puro y la naturaleza en calma; el caballero, absorto en dolorosos pensamientos, fijaba la vista en el suelo y solo interrumpían el silencio de los bosques los pasos de los dos corceles sobre las hojas y la yerba. Acercábanse ya al sitio fatal, cuando la piadosa Teodelinda rogó á su esposo que la aguardase un instante mientras ella iba á orar á la Virgen de la ermita, separada algunos pasos del camino que llevaban. No tardó en volver á unirse con él, y ambos prosiguieron su silencioso paseo. Llegan por fin al lugar de la cita, donde ya les espera el caballero Negro armado de punta en blanco. Pero de pronto se turba y empieza á temblar.—¡Ah, cobarde! esclama, me has engañado.—Al decir esto, huye despavorido rechinando los dientes.

Admirado el señor feudal mira á Teodelinda... Pero no ve á su esposa, sino á la Virgen de la ermita, radiante de luz, con una corona de estrellas sobre su cabeza y pisoteando al dragon. El caballero se postea á sus plantas y pide perdón de sus culpas; la Virgen se lo ofrece: le dice... que debe á su devoción hácia ella el no haber sido arrastrado al infierno, y le manda que vaya á reunirse con Teodelinda, que ha quedado dormida al pié de la imagen de la ermita. Enseguida desaparece entre las melodías de un concierto celestial.

Una capilla, cuyas últimas piedras cubiertas de musgo es lo único que se ve, atestiguó á los descendientes del caballero el singular poder de la que salvó á su padre.

—Ya lo veis, hijos míos, añadió mi padre después de una corta pausa y mirando á sus hijos con espresion; cuando el hombre se desliza fuera del camino de la virtud, que se guarde de renunciar á la devoción de la Virgen, porque ella es su último refugio: nunca lo olvidéis.

Nunca lo olvidaron, y vosotros... no lo olvidareis tampoco. Acordaos siempre de aquella Virgen que os han enseñado á venerar vuestros padres.

ESTADO ACTUAL DE LA LITERATURA RUSA.

«Para inventar una idea cuyo germen no se hallase en parte alguna, menester sería inventar toda la humanidad entera.» Luminosa verdad es esta, que reprodujo últimamente bajo otro aspecto el ingenioso y profundo crítico francés Gustavo Planche. Ninguna duda tiene que en literatura, filosofía, ciencias morales y políticas, todo se ha repetido mil y mil veces en diversas lenguas y distintos países. Inventan unos lo que se hallara un siglo antes; se deslisan otras rancias ideas, cuando no buscan nuevas formas para viejas cosas. Nada le queda ya al espíritu humano que descubrir, sino es nuevos doctores de mecánica, ó nuevas sustancias por medio de la química; mas en moral y en política, no alcanza ya la humanidad á renovarse, porque todo lo ha visto y lo ha probado.

Fuerza es, empero, distinguir la humanidad correctiva del hombre individual. Cuanto hay que decir ha dicho la humanidad, y sabe cuanto hay que saber; mas el hombre no acabará jamás de decirlo todo, ni sabrá nunca lo que hayan dicho los demás hombres. Así como por la ley de gravitación en la naturaleza física, muévase sin cesar el pensamiento en el hombre, y la inmovilidad es la muerte de este pensamiento. Los hombres que no piensan, no existen para la humanidad, y son tan solo máquinas ambulantes.

El germen de todo lo bueno ó malo es el saber, y este conduce la humanidad á la perfección. El pensamiento es la vida del deseo de saber; la palabra y el arte de escribir, los dos órganos de esta vida. Ignoro dónde se halla el germen de estas ideas; lo que puedo decir es que las encontré en mi cabeza.

Así pues el deseo de saber en el hombre hace que se mueva constantemente el pensamiento, y este no alcanza á moverse sino andando siempre por el camino de la novedad. He aquí por qué no se parecen unas á otras las generaciones. Todo cambia: lengua, literatura, forma de pensamientos, género de vida, trajes, usos, costumbres. Todos estos cambios los producen el deseo de saber y el pensamiento.

No hablo yo de los que no piensan. Para ellos no hay mas que una sola vida, la de la digestion. Nada ven, nada oyen, nada penetran, y han de someterse á la influencia de pensar extraño.

En literatura sobre todo es donde se muestra el pensamiento. Originales han querido ser todas las naciones; todas han creído inventar, y solamente han imitado bajo ageno influjo. No se sabe á punto fijo á quiénes siguieron los griegos; pero sí que á estos imitaron los romanos, y que á estos, y á aquellos y á sus abuelos copiaron los árabes en España. Estos tres pueblos, aunque imitando á otros pueblos, introdujeron no obstante en su literatura una nacionalidad fundada en su religión, sus usos y costumbres. En la edad media, compónese la literatura de una mezcla de griego, romano y árabe, que tuvo por base

el fanatismo religioso. Siguiendo á la edad media y poniéndola por añadidura su sello de nacionalidad, se formó la literatura inglesa. Así que logró desarrollarse en su civilización la Francia, fué al tomar por modelos á griegos y romanos, revistiéndolos de sus cortesanías formas; porque no había nación en Francia entonces, y si solo una aristocracia sometida á la corte. Alemania, después de haber adoptado una lengua propia, vaciló largo tiempo antes de sacudir el yugo de la escuela clásica. En España existen dos escuelas, una modelada en la escuela francesa, y otra calcada sobre la edad media.

Cuando apareció Rusia en el teatro del pensamiento, ninguna de las lenguas modernas de Europa dominaba todavía á la literatura universal. Los primeros apoyos de que se sirvió Pedro el Grande para introducir la civilización, los miembros del bajo clero prusiano, clero organizado según los principios del jesuitismo, procuraron dar formas latinas á la nueva lengua rusa y quitarles las espresiones que del esclavon de occidente tenía. Pero ni el príncipe Kantemir, ni Estépano Yakorsky, ni Teófano Prokopovitch, ni Gabriel Boujinski, hombres sabios y de sublime talento, echaron cimientos á la lengua y literatura, por no estar en armonía sus tentativas con el espíritu del idioma y carácter de la nación. Hinchada y oscura en sus períodos, como la escuela latina, retorciase la lengua rusa, agotándose en versos silábicos, y pedía que desatasen sus alas, y se la diera mas espacio. Hizolo Somonosof, y se lanzó á las regiones etéreas, y no es que llegara de un solo vuelo á las alturas á que debiera alcanzar, porque se arrastraban por el suelo todavía los contemporáneos de Somonosof, y deseaban contenerlo en su esfera. En aquella época empezó á tomar nueva dirección la literatura rusa. Aunque formado en Alemania Somonosof, no alcanzó sin embargo á introducir en Rusia las libres formas de literatura alemana, á causa de que al propio tiempo se levantaba una lucha en Alemania entre la nueva y la antigua lengua, y no había aun tomado su literatura segura marcha. Principiaban tambien entonces la lengua y literatura francesas á extender su reinado por la Europa civilizada, y la diplomacia se servía solo ya de la primera. Si cuando nació la literatura rusa, hubiese aparecido en aquella nación algun Racine, Corneille, Boileau, Crebillon, Molière, Fenelon, Bossuet, etc., hubieran creado una literatura nacional, sacando sus elementos de la vida, antiguos y modernos usos, costumbres y rasgos rusos. Empero la Rusia tenía entonces hombres instruidos, sin un solo ingenio; y como estos hombres hubieron de someterse naturalmente á la influencia de extraños ingenios, tomaron tambien sus creaciones como otros tantos modelos. Bajo el patronato del conde Schouvaloff y de la princesa Daschkof se formó la literatura rusa, calcada según la escuela francesa, la cual reinó largos años, y cuya total imperfección consistía en estar fuera de la naturaleza. Los pastores y zagalas de Florian pensaban y sentían como los Aquiles y Berenices de Racine, es decir, como las duquesas y marqueses francesas, y toda la belleza de esta literatura se cifra en el lenguaje y estilo.

La pobre Sisa, Natalia, la hija del Boyardo, Massa-Possadnitza, de Karanzine; las fábulas, canciones, y sobre todo los cuentos de Dmitrief, son encantadoras producciones que compararse pudieran con las mejores obras en este género del siglo XVIII. Estos modelos formaron á todos los lectores y escritores rusos de la generación actual, de suerte que Karanzine y Dmitrief son sus institutores.

En medio del pacífico y armonioso curso de la escuela francesa, salieron de repente producciones nacionales con todo el sello de la rústica sencillez rusa. Tales fueron las poesías de Krilof, cuyas imágenes, situaciones y lengua son verdaderamente rusas: después de haber transformado á Esopo, Pilpay y Lafontaine, creó aquel escritor la fábula nacional con su carácter particular y originalidad perfecta.

Habiase formado entonces otra nueva literatura alemana, modelada en los antiguos libros de Inglaterra y del occidente de la edad media: la inglesa había tomado tambien otra dirección, después de purificarse de su barbarie en el crisol del siglo XVIII, conservando sin embargo sus formas originales, y la llamaron romántica en recuerdo de la lengua y poesía que sirvieron de cimiento para unir las partes heterogéneas en las escuelas inglesa y alemana. Por oposicion se llamó clásica la antigua escuela francesa, y estableciase entre ambos tremenda lucha, que se funda en las formas y libertad de lenguaje. Desde entonces cuantos pensaron y sintieron con vehemencia, adoptaron la literatura romántica, que se puede tambien llamar nacional; porque se toman sus argumentos en la historia, usos y costumbres nacionales. Griegos deben aparecer siempre los hijos de Grecia, rusos los de Rusia y no franceses, con todas sus creencias, sus pasiones, sus errores y sus ideas.

Joukofski fué el primero que introdujo en Rusia la poesía romántica. Alejandro Pouschkine, á pesar de su originalidad, no es otra cosa que el resultado de Joukofski, porque este le creó, y no Gethe, Schiller ni Byron. Cuando se echó á escribir Pouschkine, con inspiraciones de naturaleza rusa, no conocía mas que á Joukofski: el primer ensayo de este célebre escritor, *El cementerio*, llenó de asombro á todos

los rusos, porque era lenguaje hasta entonces desconocido; y *Svetlana* hizo luego época, y se consideró como la primera piedra puesta en los cimientos de la poesía rusa nacional.

Hablo solo de los grandes capitanes de la literatura rusa, y no de las legiones que tras de ellos siguen, harto medianos, cuando no pésimos.

En todas las naciones la poesía ha dejado atrás á la prosa, y ha acabado por ahogarla. Creados por naturaleza los poetas, obra en ellos la imaginación y el sentimiento. Los prosistas tienen necesidad de estudio y reflexión y de muchos años para formarse y producir cosas buenas. Al prosador no le basta la sola inspiración.

La falta de instrucción clásica, la mala costumbre de descuidar su lengua materna, y la carestía en fin de buenos institutores, hacen que tan lento sea el desarrollo de la prosa rusa; de cada veinticinco escritores rusos puede asegurarse que cinco apenas conocen los principios de su lengua, y que la mitad de ellos escriben por instinto y al acaso.

Muy poco se ocupaban antiguamente en Rusia de la lengua alemana, y hoy día no hay escritor que no la sepa, lo mismo que su literatura. Hasta los franceses han conocido esta necesidad, y no hay joven autor que no estudie las producciones inglesas y alemanas.

Sin embargo, la nueva dirección que se ha impreso en la literatura rusa, no la tiene de Inglaterra ni Alemania, sino de la Francia romántica. Y no es que hayan dejado los rusos de declarar irreconciliable guerra á la nueva escuela francesa; pero en esto se parecen á los antiguos romanos, que combatiendo al mundo entero, tomaban de todas partes armas, leyes, dioses y usos, y sobre ellos fundaron su literatura. Desganítanse sin cesar los rusos gritando contra los jóvenes escritores franceses, y casi todas sus producciones modernas se resienten de la lectura de Victor Hugo, Julio Janin, Balzac, etc.

Así que desde su nacimiento no se ha apartado jamás la literatura rusa del camino de la imitación, y particularmente ha estado sometida á la influencia francesa. Alguna chispa de originalidad se vió de cuando en cuando; pero dos ó tres poetas y otros tantos prosistas originales, no componen todavía una escuela independiente. Sin embargo, el romanticismo, el naciente gusto del público en cuanto sea verdaderamente ruso, la afición á ciencias históricas, y la inclinación de la juventud á ilustrarse, presagios seguros son de que aparecerá en breve una literatura rusa original y del país. Los mismos síntomas precedieron á la revolución literaria de Alemania, y luchó la nueva lengua con las viejas formadas, como en tiempo de Lessing y Gottsched. Verdad es que en nada se parecen las dos luchas, porque nosotros disputamos por meras palabras, pensando que una expresión puede valer mas que otra; y ni Walter Scott, ni Biron, ni Goethe, ni Schiller, lejos de escluir palabras, desterraban las inusitadas, dándolas vigor y lozanía. ¿Por qué ha de preferir un rico la moneda corriente, si puede hacer circular la antigua que en su gaveta tenga? Harto sabemos que alcanza un escritor á ser elocuente sin hacer redondeados y altisonantes períodos; y que lejos de consistir la elocuencia en escogidas expresiones, fúndase mas bien en pensamientos fuertes y profundas sensaciones, correctamente expresados y sin amaneramiento. Para escribir no se conoce el estilo nacional en los libros y salones, ni en las conferencias con literatos, sino en las pláticas con el pueblo, en el estudio de su vida, de sus costumbres, sus creencias, sus canciones y modismos.

La crítica de los periódicos rusos se va perdiendo cada día mas, y los mismos que debieran fomentarla la desechan. Rara vez es seria la crítica rusa, y por eso cualquier broma la toman á personalidad aquellos escritores. En ninguna parte existe tanta hostilidad y odio entre los literatos como en Rusia, ni arman en los periódicos tan sangrientas disputas.

Crea actualmente una generación nueva de autores que prueban sus fuerzas en las *Revistas*: Timofeyef y Yerchov son los que dan mejores esperanzas. En cuanto á la poesía, hace ya mucho tiempo que nada han producido sus jefes; los cuales se han dormido ya en sus laureles. Los diarios del ministerio de Instrucción Pública encierran preciosos materiales para la estadística y la historia del imperio.

Como obras científicas de suma utilidad pueden citarse la *Estadística del gobierno de Jenissei*, por Mr. Stepanof; la *de comercio*, por Mr. Nebolsine; *Descripción del Cáucaso*, por Zoubof, y el *Viaje alrededor del mundo*, por Liské. Con respecto á la historia, no han salido de la imitación; y prosélitos del escepticismo como en Francia, dudan de la autenticidad de casi todos los sucesos antiguos. La actividad de sus sabios y literatos se ha concentrado ahora en el *Diccionario enciclopédico*, monumento el mas sólido de su época literaria. Muchos artículos de este diccionario brillan cual luminosas estrellas en sombrío horizonte. Tales son: *La vida del emperador Alejandro*, y otro artículo intitulado *Oriente*, de Mr. Senkofsky.

La literatura rusa actual da por resultado: pocas producciones buenas entre las infinitas que se han dado á luz; falta de buenos críticos; fomento en la estadística; conjeturas mas bien que hechos de-

mostrados en historia; estagnación en estética y matemática, y pronunciada tendencia de la literatura al romanticismo, según los modelos de la nueva escuela francesa. En poesía pocas novedades; de suerte que los trabajos intelectuales en estos últimos dos años han sido de poquísima importancia, y la marcha de las ideas y síntomas de desarrollo lentos y débiles. La esperanza literaria de la Rusia está en el porvenir.

EN UN ALBUM.

No á los mortíferos golpes
de los tajantes aceros,
con susto huyó de las lides
el bendado niño ciego.

Su vivo fuego estremece
de placer los almos cielos,
puebla los bosques sonoros,
inflama del mar los centros.

Viste Amor blanco pellico
en el campestre sosiego,
sedas y oro en los palacios,
malla en el hélico estruendo.

El la condición derriba
del miserable avariento,
arrojo infunde al cobarde
y bondad aumenta al bueno.

Siente por otros sentidos,
mira por ojos ajenos,
humíldes valles encumbra,
une cayados y cetros.

Suyo el adorar rendido
la hermosura y el talento,
suyo el santo amor de madre
y suyo el cristiano pecho.

Mas ¡ay! que es tambien su llama
origen de amargos yerros,
fiera batalla del hombre
y lastimoso trofeo.

Guerra y paz, hado y fortuna
rige con igual imperio.
Nadie le injurie ni ofenda
que es vengativo y certero.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

Epístola que una que no es erudita, ni aspira á serlo,
dirige al Director del Semanario.

Dejaba apenas el lecho
esta mañana á las diez,
cuando una cerrada epístola
viene en mi mano á caer.
Tinta color de violeta,
ribetes de oro el papel,
y sobre el lacre de grana
sellado un galgito inglés.
Abro, leo, me confundo,
vuelvo de nuevo á leer,
y á quedarme como estaba
vuelvo de nuevo otra vez.
Busco la firma, no hay firma,
busco señas, no hay de qué,
y en vano miro y remiro,
una vez, dos, hasta seis.
Solo con letras de á palmo
«los críticos» llevo á ver,
escrito á modo de epigrafe
de lo que luego diré.
Por fin ¡venturosa idea!
«Ya se descubrió el pastel.»
Clamo, y con un coscorrón
remunero mi saber.
«Justo, hé aquí la respuesta
que alguna dama de prez
dirige por mi conducto

al SEMANARIO de ayer (1).
Teme acaso y con razon
fuera su estrella cruel,
directamente enviada
á mirarse perecer
en un cajon tenebroso,
de los que niegan el fué,
cajon que por lo que traga
de ministro pudo ser,
donde tantos memoriales
suelen morir de véjez.
Y pues ya dije su historia
lo mismo que yo la sé,
allá va la dicha epistola
sia quitar y sin poner.

LOS CRITICOS.

«Cruel llaman á Nerón
y cruel al rey Don Pedro;
como si fueran los dos
dos criticos de estos tiempos.
Estos sí que trastornaron
las leyes del universo,
haciendo lo recto, curvo,
llamando lo blanco, negro.
O el mundo se ha vuelto niño
cansado de ser tan viejo,
ó tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.
Vivimos en tales dias,
llegamos á tal extremo,
que es crimen de lesa-critica
tener las mugeres seso.
Hombres, tened compasion,
tened piedad, por el cielo,
de quien tantas otras veces
os llamais humildes siervos.
Tanta discreta lisonja,
tanto piropo y requiebro,
por Dios no troquéis crueldades
en insulto ó menosprecio.
Para esta nueva cruzada
permita Dios justiciero,
que por salvarnos siquiera,
no nazcan Juanes ni Pedros.
Sed una vez generosos,
trocad en amor el ceño,
los queridos de las damas
por galanes y discretos.
Perdonadles sus chocheos
á Safo, á... mas quedo, quedo,
no me llamen erudita
cuando tiemblo parecerlo.
Venga la rueda y el huso,
hermanas, vamos barriendo,
arrojad todos los libros
y el de misa lo primero.
¡Las mugeres racionales!
¡ellas con entendimiento!
¡válganos Dios, que desdicha!
¡qué calamidad! ¡qué censo!
Es una epidemia horrenda,
peor que el vómito negro,
hermanos teneis razon,
funesta plaga por cierto.
Mas no es tan malo que sean,
segun yo juzgo á lo menos,
las mugeres eruditas,
como los barones, necios.

Qué tal? La niña se esplica,
y mas sévera que un juez;
que bien dijo aquel que dijo

que es el diablo la muger.
En fin allá va la carta,
con ella entiéndase usted,
y donde estuvo la ofensa,
la satisfaccion esté.

FRANCISCO VILA.

LOS PIANOS PROSCRIPTOS.

Un amigo nuestro se propuso dias pasados dar un ejemplo verdaderamente heroico y filantrópico á todos los propietarios de la corte.

No queremos estampar su nombre ni el de la calle en que posee una magnifica casa, porque nos hemos pronunciado contra las reclamaciones, y porque el generoso mortal que ha concebido la idea de que hablamos, recibirá, si llega á completarla, las bendiciones de sus inquilinos, y esto debe bastarle.

Dicho amigo se empeñaba en colocar en la fachada de su casa un aviso monstruo con las siguientes palabras.—NO HAY PIANO ALGUNO EN ESTA CASA.—No queria dar á entender con semejante advertencia que en los cuartos desahuyados hacian falta pianos; sino que de ningun modo se admitian inquilinos que los tuviesen.

Debía pues interpretarse así su rótulo, en caso de que hubiese llegado á fijarlo.

Oh madrileños, que deseais ver deslizarse vuestros dias y vuestras noches en medio de la mas completa tranquilidad, venid á ocupar sin temor esta casa; pues no incomodarán vuestros nervios ninguna escala cromática, ni sonata alguna á cuatro manos: aquí llegareis á la edad mas avanzada, sin haber experimentado un momento de impaciencia y sin maldecir á los pianistas de arriba, de abajo, del cuarto derecho ó del izquierdo.

Deseo poco cristiano sin duda, pero que solo llega á ser un pecado venial, cuando se tiene por vecino á un músico que, á pretexto de que los laureles de Talberg le impiden dormir, nos tiene despiertos toda la noche ejecutando un trozo de Listz.

Una casa por alquilar, de la cual se proscribiesen los pianos, tendríamos derecho para poner por muestra: AL PARAISO TERRESTRE.

Si en tal sitio no llegaba á gozarse la mayor suma de felicidad posible, debemos creer que la dicha es, en efecto, un sueño en la tierra.

Pero esto podrá consistir en que, desconfiando del piano, el propietario de la casa no se acordará del violin ni del clarinete.

El clarinete es un enemigo formidable.

Un principiante de violin debe considerarse como una calamidad pública.

Llega un inquilino con el rostro mas angelical del mundo, y deja que le registren sus baules para probar que es hombre inofensivo; entre sus muebles no se ve ningun piano, ni de cola, ni vertical: no hay pues inconveniente en que se instale, y el propietario se restrega las manos de puro contento.

¡Infeliz! Aquel enemigo del sosiego vecinal á quien acaba de entregar el cuarto, lleva en los bolsillos del gaban otro instrumento mas péfido que el piano.

No bien ha tomado posesion de su estancia, y cuando los vecinos van á entregarse al sueño, empuña su clarinete ó su cornetín de pistón, y empieza á alborotarles los cascos con el *Ay duquesa, duquesa, duquesa*, ó con el *Yo soy la nata y flor*.

Hé aquí suficiente motivo para que un buen cristiano se dé á todos los diablos y reniegue de las mas dulces melodias.

Si mi amigo el propietario quiere que realmente los cuartos de su casa se conviertan en sucursales del Paraíso celestial, será mejor que complete su rótulo enmendándolo de este modo:

No se alquilan estas habitaciones á personas que toquen cualquiera especie de instrumentos.

Mediante estas precauciones, podrá suceder que en la tal casa llegue á conseguirse disfrutar algun sosiego.

¡Dios mío!... ¡Y se me habia olvidado lo mas esencial!

¿Dónde dejamos á los dilettanti que noche y dia se afanan en busca del dó de pecho?

A estos es á quienes principalmente importa desterrar de los barrios de Madrid, y aun de los contornos de la capital.

Desengañémonos: los ejercicios musicales, ya sean vocales, ya instrumentales, en el centro de la corte, no hacen mas que barrenarnos los oídos, privarnos del sueño, y equivocarnos en todos nuestros cálculos y especulaciones.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.

(1) Correspondiente al 3 de diciembre de 1852.